

JESÚS RODRÍGUEZ MARÍN

BIEN Y VALOR. INTENTO DE DEFINICION FORMAL

No hay una respuesta unánime a la pregunta tantas veces formulada en la historia de la filosofía de «¿qué son los valores?». Un somero estudio histórico del problema aclararía que las respuestas dadas se escinden mayoritariamente en dos bandas contrarias: objetivista y subjetivista. Los subjetivistas afirman que el valor es algo que yo *pongo* en el acto de valorar. Los objetivistas afirman que el valor es algo que yo *descubro* en el acto de valorar.

La respuesta subjetivista no parece demasiado satisfactoria, por cuanto siempre podríamos preguntarnos por qué razón *ponemos* el valor en A y no en B. Tal razón, si la hay, valoraría ya A y determinaría no la *posición* del valor en A, sino el descubrimiento de A como algo valioso. El subjetivismo axiológico parece defendible, si acaso, tan sólo desde un plano de actualidades, pero no desde un plano de posibilidades. Lo cual no es sino una manera de decir que, desde el momento en que es mi subjetividad la que confiere su ser valioso a A, nunca podré afirmar que mañana A sea también valioso, en cuanto pueden haber cambiado las condiciones de mi subjetividad. La consideración de que A sea *siempre* valioso me fuerza a evadirme del terreno de los hechos, con la estricta concretización espacio-temporal que comportan, para instalar el problema en el campo de las posibilidades (o de las probabilidades): «Hay una probabilidad muy alta de que A me resulte valioso.» «Es muy posible que A tenga valor.» De lo que puede seguirse que el valor no lo pongo yo, puesto que la posibilidad de ser valiosa la tiene la cosa *ya* antes de enfrentarme con ella. Y en ese caso surge la pregunta de qué es lo que le confiere esa posibilidad, de por qué es la cosa valiosa. Y supone el objetivista que la respuesta está en el «valor» que tiene la cosa.

La respuesta objetivista parece desorbitar la cuestión por el otro lado. ¿Qué significa, en verdad, la afirmación de que el valor existe independientemente de las cosas? ¿Qué tipo de existencia es? ¿Qué es una cualidad irreal?, ¿o una cualidad terciaria? Parece que estamos ante un incesante fabricar palabras que carecen de contenido y que no podemos controlar. Se pretende que las cosas

se tornen valiosas al contar con, participar de, realizar, encarnar los valores. Las cosas que realizan el valor pasan, perecen; el valor permanece. El valor es independiente del hombre, de su historia, de sus circunstancias. Si algo cambia no es el valor, sino su captación, que puede ser nítida, como también defectuosa o totalmente nula. Es, pues, la del valor una existencia extraña, hasta el punto de que se acabará afirmando aquello de «el valor vale, pero no es».

Creo que, en el fondo, es éste un problema muy semejante al famoso de «los universales», resucitado en nuestros días por las polémicas nacidas en el seno de los fundamentos de la matemática. Por ello podremos, sin duda, beneficiarnos del tratamiento que tal problema ha recibido y de los instrumentos que en su consideración se han utilizado. Por otro lado, si releemos las anteriores líneas críticas que han quedado escritas, queda de manifiesto que no son sólidas en absoluto. Veámoslo.

Al comentar la respuesta subjetivista he dicho, metido en la piel del objetivista: ¿Por qué *ponemos* el valor en A y no en B? No hay necesidad de postular la existencia de un valor para dar una respuesta coherente. Claro que hay razones que explican mi valorar A y no B, lo que no implica que fuera ya valioso antes de mi valoración, ni que encarnara o realizara ningún valor. Tal valoración se realiza en virtud de ciertas características que, éstas sí, tienen la cosa o el acto en cuestión. Lo cual no tiene por qué encerrarme en mi subjetividad. Hay que pensar que a la estructura semejante de los seres humanos debe corresponder un valorar semejante; las mismas o parecidas cosas en una amplia zona común deben ser valiosas para el ser humano. Y, evidentemente, habrá mayores diferencias en las valoraciones cuanto mayores sean las diferencias entre las estructuras básicas de las que se parta. Quizás sería una tarea muy interesante emprender la tarea kantiana de establecer las condiciones *a priori* de la valoración o de la preferenciación (si se me permite el término). De tal modo, al referirnos a la subjetividad trascendental, y no a la empírica, escaparíamos a la objeción de que pudieran cambiar «las condiciones de mi subjetividad».

¿Cuál es la salida entonces? Hay una línea de superación de la antítesis objetivismo-subjetivismo que ha sido desarrollada por Frondizi. Su punto de partida no es ya el sujeto ni el objeto, sino la «actividad valorante misma». «Un sujeto valorando un objeto valioso será, por consiguiente, el punto de partida del análisis»¹. Este análisis pone de relieve que en la valoración entra en juego, efectivamente, un sujeto con su peculiar estructura, en cada caso una, y que no es homogéneo ni estable. Pero este sujeto no crea lo que valora y, por tanto, se exige igualmente la presencia del objeto, que tampoco es homogéneo ni estable. Hay una ingente cantidad de elementos circunstanciales (situación) que modifican o cambian la valoración misma: elementos individuales (fisiológicos, psicológicos), elementos históricos, elementos sociales.

¹ FRONDIZI, R., *¿Qué son los valores?*, Méjico, F. C. E., 1958.

Ahora bien, siempre existe un aspecto objetivo (de independencia de la situación) que es un criterio para establecer una jerarquía de valores (más alto = más objetivo). Ocurre entonces que el valor nos presenta dos caras, una subjetiva y la otra objetiva². Los dos ingredientes son de índole muy compleja. No hay valor sin valoración, pero tampoco hay valoración sin valor. Hay cualidades en el objeto que me obligan a reaccionar de un modo determinado. Pero todo valor es siempre *realizado* y supone un depositario. Frondizi nos ofrece como ejemplo el cine en cuanto síntesis de lo que se proyecta y de lo que pone el sujeto. Esta relación sujeto-objeto se da siempre en una sociedad concreta, en una cultura y en una época histórica determinadas. «Todas las circunstancias constitutivas de nuestra personalidad están presentes en cualquiera de nuestras valoraciones»³. Circunstancias sociales, culturales, históricas y humanas. Valoramos como seres humanos. Frondizi termina así su análisis: «Si se denomina *situación* al complejo de elementos y circunstancias individuales, sociales, culturales e históricas, sostenemos que los valores tienen existencia y sentido dentro de una situación concreta y determinada.»⁴

Esta radicación del valor en una *situación* es algo que podemos encontrar en una mayoría de autores coetáneos. «¿De dónde salen los valores sino del acto de valorar?», se preguntará Bunge⁵. «El hombre atribuye un valor a las cosas que le rodean cuando encuentra que esas cosas, precisamente por la calidad valiosa que contienen, representan algo para él»⁶. «No se conciben los valores sin una referencia a su significado respecto del hombre»⁷. Esta importante referencia al hombre está presente en la definición de valor dada por Whiting, Hollenderg y Lambert: «Un valor es una relación entre un individuo, o un grupo, y un suceso (es decir, cualquier clase de objeto, acción o interacción), de forma tal que el individuo o grupo hace lo posible por alcanzar, mantener

² Ver también DE FINANCE, J., *Ensayo sobre el obrar humano*, Madrid, Gredos, 1966, pp. 62, 85 y ss. Dentro de la filosofía de la escuela, se llama valor a la *bonitas*, el *bonum formale* de los escolásticos, reservando el nombre de bien al bien concreto, al *bonum materiale*, al sujeto ontológico de la *bonitas*. Pero la cosa no es tan sencilla, puesto que el campo que *abarca* es mucho más amplio que el que *abarca* el *valor*. Además, el valor supone un sujeto espiritual valorante. Para que haya valor es preciso que sea reconocido por el sujeto. Es la estructura bifaz del valor la que no permite la identificación. Hay, si acaso, otra línea de ataque en ese ámbito tradicional: la distinción entre la *ratio boni* y la *natura boni*. A la primera la llama De Finance la *esencia fenomenológica* del bien, y a la segunda, la *estructura ontológica* en que se funda ese fenómeno en el ser. Dado que Tomás de Aquino sitúa la *ratio boni* en la apetibilidad: «bonum est id quod omnia appetunt», yo me atrevo a hacer incidir el valor en la estructura ontológica. El fenómeno del bien se incrusta en el ser a través de su valor. El bien siempre es valioso; su ser es un ser valioso.

³ FRONDIZI, R., *op. cit.*, p. 120.

⁴ *Ibidem*, p. 124.

⁵ *Ética y ciencia*, Buenos Aires, Siglo XX, p. 22.

⁶ VILLALPANDO, J., *Filosofía de la educación*, Méjico, Porrúa, 1959, p. 42.

⁷ *Ibidem*, p. 54.

o evitar dicho suceso»⁸. Aunque la definición no sea todo lo acertada que se desearía, aparece ya en ella un elemento que estimo fundamental en nuestra búsqueda: el carácter *relacional* que el valor tiene. Es importante añadir de inmediato que el valor es una *relación preferencial*. Thorndike lo dijo expresamente hace ya años, aunque en un sentido esencialmente psicológico: «Los valores son funciones de las preferencias»⁹. Por otro lado, Kluckhohn ha dado una elaborada definición que puede sernos de utilidad: «Un valor —dice— es una concepción, explícita o implícita, propia de un grupo acerca de lo deseable, lo que influye sobre la selección de los modos, medios y fines de acción accesibles»¹⁰. Como él mismo explica, al considerarlo como *concepción* identifica el valor con una construcción lógica comparable a la cultura o a la estructura social¹¹, y por ello mismo el valor no se ubica ni en el organismo ni en el mundo inmediatamente observable, sino que su lugar es el de todas las abstracciones científicas¹². Asimismo aclara que «la palabra *deseable* señala el hecho de que los valores, sean individuales o culturales (y la línea que los separa es difícil de trazar), tienen siempre tanto una dimensión afectiva como una cognitiva. Los valores nunca se ven inmediatamente modificados por una mera demostración lógica de su invalidez. La combinación de la palabra *concepción* con la palabra *deseable* establece el enlace, inherente a la palabra *valor*, entre la razón y el sentimiento. Ambos componentes tienen que ser incluidos en cualquier definición»¹³. Aunque explícitamente Kluckhohn no utilice el término *preferencia*, sin embargo sí lo hace implícitamente. Tan es así que en el mismo texto, un poco más adelante, va a decir: «Un valor no es solamente una preferencia, sino una preferencia que se siente o se considera justificada, o ambas cosas a la vez.»¹⁴

Antes de atacar definitivamente la definición formal del valor, aludiré a un punto importante de la cuestión: la relación entre valor y bien¹⁵. Puede decirse que *bien* es igual a *cosa valiosa* (utilizando, naturalmente, *bien* no como abstracto, para lo que reservo el término *bondad*). No hay bien sin valor. Un bien es, así, un algo bueno, y un algo bueno es un algo valioso. Se trata, por tanto, de un algo que tiene con el hombre una determinada relación, por la cual, y en función de determinadas calidades que presenta, es calificado como *preferible*. Utilizo el término *algo* para mantener un adecuado nivel de ambigüedad. *Algo* puede ser un objeto, una meta, una acción...

⁸ KLUCKHOHN, C., y otros, «Los valores y las orientaciones de valor en la teoría de la acción», en PARSONS, T., y SHILS, E., *Hacia una teoría general de la acción*, Buenos Aires, Kapelusz, 1968, p. 475.

⁹ «Discurso presidencial para la American Association for the Advancement of Sciences», *Science*, n.º 3 (1936), cit. por KLUCKHOHN, C., *op. cit.*, p. 438.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 443.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*, p. 444.

¹³ *Ibidem*, p. 449.

¹⁴ *Ibidem*, p. 444.

¹⁵ Ver nota 2.

No hay razón para agotar esa lista, y quizás tampoco yo sabría hacerlo. La relación entre *bien* y *valor* es, por tanto, muy estrecha, hasta el punto que *bueno*, *malo* y *ser mejor* aparecen como los predicados axiológicos por excelencia. Esta reducción de los valores al *bien* no es algo que yo descubra ahora, sino que está presente a lo largo y ancho de la filosofía (paradójicamente no de la «filosofía de los valores»). Naturalmente, las «variedades» de la bondad son muchas¹⁶ y no hay por qué pensar exclusivamente en el bien moral, aunque éste sea, efectivamente, el más importante.

He indicado que hay una relación entre bien y preferencia. En principio, y de una manera muy general, un x es bueno si es preferido a su contradictorio, $\text{no } x$ (que simbolizamos por $\neg x$). Naturalmente, la cosa no es tan simple. Hay que considerar aspectos tales como la condicionalidad o incondicionalidad de la preferencia, la radicación en un sujeto, una ocasión y algunos más¹⁷. Explicitar todos esos aspectos y tratarlos sistemáticamente implica la construcción de una teoría de la preferencia, que no es, ni mucho menos, mi objetivo aquí. Mi pretensión, más modesta, consiste en esbozar una posible definición formal del valor que constituya un primer escalón de una teoría axiológica.

Un importante intento de definir formalmente el valor (reducido también al *bien*) lo encontramos en R. S. Hartmann¹⁸. Para él: «Una cosa x es buen C sólo si: I, x es un C; II, C tiene la comprensión ψ , que consiste de propiedades φ ; III, x tiene todas las propiedades φ . El axioma contiene así no una sola relación formal, sino un conjunto de tres de ellas, interrelacionadas en una pequeña malla de relaciones»¹⁹. «La relación I es la de miembro de clase; la relación II es la de análisis conceptual, la relación III es la de predicación»²⁰. Juega Hartmann aquí con la extensión y con la comprensión del concepto. La relación de pertenencia extensional se simbolizará como de costumbre, por $x \in C$ (x es un elemento de la clase C). La relación de pertenencia comprensional la simboliza Hartmann por $\omega\psi$ (la característica φ pertenece al concepto de $C[\varphi]$). En realidad, esta última formulación podría ser traducida extensionalmente, aunque Hartmann, naturalmente, no lo hace, por cuanto lo que con ella se expresa es la inclusión de clases. Dicho de otra manera, se hubiera podido escribir $\varphi \subset \psi$ (la clase φ está incluida en la clase ψ). Dejando esto a un lado, el patrón axiológico consiste, pues, para Hartmann, de la secuencia de las funciones I, $x \in C$; II, $\varphi \omega \psi$, y III, φx , que viene implicada por la conjunción de I y II. Si esta implicación está cuantificada con respecto a x , la llamamos «lógicamente cuantificada», y si está cuantificada con respecto a φ , la llamamos «axiológicamente cuantificada». Si está axiológicamente cuantificada

¹⁶ Cf. VON WRIGHT, *The Varieties of the Goodness*, Londres, Routledge & Kegan, Paul, 1968.

¹⁷ VON WRIGHT, G. H., *La lógica de la preferencia*, Buenos Aires, Eudeba, 1967, pp. 40-41; BUNGE, M., *Ética y ciencia*, pp. 25-26.

¹⁸ HARTMANN, R. S., *La estructura del valor*, Méjico, F. C. E.

¹⁹ *Op. cit.*, pp. 227-228.

²⁰ *Op. cit.*, p. 228.

de modo universal significa que x , siendo miembro de C , tiene todas las propiedades contenidas en C ($o \Phi$). En este caso, x es un buen miembro de C . Tal es la definición formal de *bueno* que R. S. Hartmann nos ofrece²¹. No acaba de satisfacerme por cuanto exige que si de un x cualquiera puedo predicar todas las partes analíticas del concepto de C , entonces x será «un buen C ». Y eso no está nada claro. Plantea de inmediato la cuestión del criterio para decidir cuántas y cuáles son las «partes analíticas» de un concepto. ¿Qué significado tendría entonces decir «el *Quijote* es un buen libro»? ¿Cuáles son las partes analíticas del concepto *libro*? Para enumerarlas debemos tener resuelta la definición de lo que un libro sea, y de ninguna manera lo está²². Supongamos, empero, resuelta tal cuestión y tomemos, por tomar alguna, la definición del *Diccionario ideológico de la lengua española*, de Casares: «Conjunto de hojas de papel de igual tamaño, generalmente impresas y unidas entre sí de modo que formen un volumen.» En este caso, el *rango* (conjunto de valores de una variable) de ϕ sería: ser conjunto de hojas de papel, ser de igual tamaño, ser generalmente impresas y estar unidas entre sí de modo que formen un volumen. Supongamos un x tal que es libro y que tiene todas esas características, ¿podremos decir por ello que «es un buen libro»? Pienso que no. Ese conjunto de características es condición necesaria y suficiente para «ser libro», sin más. Para ser «buen libro» estimo, sin embargo, que se requiere algo más. El objeto en cuestión debe *promocionar* una valoración, debe fundar una relación con un sujeto. De ahí que el algo de que se trata pueda tener un valor de utilidad, un valor estético, un valor de cambio, un valor sentimental, indistintamente o conjuntamente. Esa característica promocionante que no aparece en la definición de Hartmann es la que viene dada por la «relación preferencial» a que antes aludí. Simbolizaré la relación preferencial por P . Y así x es preferible a y , se escribirá Pxy .

Así pues, sobre esa base tan sencilla, y partiendo de la ecuación bien = cosa valiosa, definiré, en un primer paso, x es valioso por x es preferible a no x :

$$\forall x = \text{det}Px - x$$

Esta es la formulación más simple, por supuesto, y, por tanto, la más esquematizada e imperfecta. Se hace abstracción en ella del sujeto preferidor, de las condiciones, de la finalidad respecto de la cual se prefiere y quizás de más cosas. La fórmula $\forall x = \text{det}Px - x$ es tan sólo una función proposicional a partir de la cual podemos pasar a un enunciado: « a es valioso» ($Pa - a$), «hay algo valioso» ($[E] Px - x$), «todo es valioso» ($[x] Px - x$). A partir de esa función podemos establecer igualmente la clase de entidades valiosas, que se formularía:

$$x : (x) Px - x$$

²¹ *Op. cit.*, pp. 228-229.

²² Cf. ESCARPI, R., *La revolución del libro*, Madrid, Alianza, 1965, pp. 15-18.

Podemos, por último, subir un tercer escalón y definir el valor como:

$$\alpha : (\alpha) (x) (xE\alpha \rightarrow Px - x) \quad 23$$

Naturalmente he construido una abstracción; la definición dada, que podemos leer, en lenguaje común, «la clase de clases α tal que para toda clase α y para todo x , si x es un elemento de la clase α , entonces x es preferible a $-x$ »; esta definición, digo, me comprometo ontológicamente, es decir, me comprometo a admitir en mi mundo unas entidades nombradas «valores». En este sentido, los valores, por tanto, no *valen*, sino que *son* ²⁴.

Cabe, por último, hacer notar que todo sistema preferencial (y todo sistema valorativo, por tanto) hace referencia a un conjunto organizado de fines u objetivos, con respecto al cual se introduce lo que Kaufmann llama «función preferencial» (o «función de valor»), que «permita determinar clases de equivalencia completamente ordenadas» ²⁵ Y como el mismo autor dice: «La elección de la función de preferencia es un acto esencial de la voluntad, una forma superior de libertad» ²⁶.

Y, habiendo llegado hasta aquí, no puedo sino darme cuenta de que la definición conseguida es precaria, no pasa de un boceto de lo que podría ser una definición plenamente ajustada. No pretendía más tampoco.

²³ Aunque aparentemente la definición dada sirve sólo para valor positivo (bien), expresan igualmente el valor negativo simplemente sustituyendo, en la fórmula, x por $-x$, lo cual parece razonable.

²⁴ Para Quine, 'ser' es 'ser el valor de una variable'.

²⁵ KAUFMANN, W.. *La ciencia y el hombre de acción*, Madrid, Guadarrama, 1967, p. 56.

²⁶ *Ibíd.*, p. 57. Cf. igualmente HIERRO, J., «Normas y valoraciones», y MUGUERZA, J., «'Es' y 'debe': en torno a la lógica de la falacia naturalista», en GRACIA, F., *et al.*, *Teoría y sociedad*, Barcelona, Ariel, 1970, pp. 129-140 y 141-176, respectivamente.

